

## La imagen de Cristo en Dostojevskij

“Para mí, el ejemplo  
y el ideal de moralidad es  
Cristo”

En su diario, con entrada del 24. XII. 1877, cuatro años antes de su fallecimiento, Dostojevskij redactó lo que debían ser sus futuros planes de trabajo:

“Memento para toda la vida:

- 1) Escribir el *Candide* ruso.
- 2) *Escribir un libro sobre Jesucristo.*
- 3) Escribir mis memorias.
- 4) Escribir un poema sobre la ‘conmemoración de los difuntos’.

N.B. (Todo esto, además de mi última novela y la proyectada edición del ‘Diario’, exige como minimum 10 años de trabajo, ¡pero yo ya tengo 56!).”

Obviamente, como Dostojevskij mismo presentía, nada de lo planeado se llevó a cabo. No obstante, notemos cuál era la segunda tarea que se había propuesto el autor de *Crimen y Castigo*: escribir un libro sobre Jesucristo, donde se mostraría que Cristo “es el milagro de la historia y que la aparición de un ideal tal en la humanidad, en esta inmunda e ínfima humanidad, es todavía un gran milagro. Deseo, además, probar que de esta imagen ética de Cristo toda la humanidad como un árbol ha vivido desde sus raíces y vivirá todavía cientos de años más”<sup>1</sup>.

La planeada obra, pues, y como además nos cuentan los especialistas, debía ser como un “quinto evangelio”: la interpretación de la vida y de la doctrina de Cristo visto desde la esencia profundamente religiosa y mística de un ruso, en este caso, de Dostojevskij<sup>2</sup>.

Ante este propósito, exegetas de la altura de un Henri de Lubac sostienen: “¿Qué hubiera sido la ‘Vida de Jesucristo’ que se proponía escribir? Indudablemente, una *vulgarización* de las narraciones evangélicas. No una vida a lo Dickens, o a lo Papini o a lo Mauriac”.<sup>3</sup>

---

1. Cfr. Konrad Onasch, “Dostojevskis alternative Orthodoxie”, *Sinn und Form*, 45 Jahr/1993/5 Heft/September-Oktober; p. 729.

2. Para una comprensión profunda de lo que es la mística rusa, hay que ir necesariamente a la Introducción de Möller van den Bruck, „Russische Mystik“, que se encuentra en: F. M. Dostojevskij, *Der Idiot*, Roman in zwei Bänden [Erster Band], Über: E.K. Rahsin, Piper Verlag, München, 1920, pp. V-XV.

3. Cfr. Henri de Lubac, *El Drama del humanismo ateo*, trad. Carlos Castro Cubells, segunda edición corregida, ed. Encuentro, Marzo 1997 (19901). (Ed. Orig. *Le drame de l’humanisme athée*, Association Biblios, Lyon, 1967), p. 218. *Cursiva mía.*

Otros, por el contrario, como Arthur Moeller van den Bruck o Dmitri Mereschkowskij, afirman que Dostojevskij hubiese sido el único que habría tenido la suficiente sensibilidad cristiana para escribir una vida sobre Jesucristo. Dice van den Bruck: "También Dostojevskij piensa en Cristo: él mismo había querido escribir un libro sobre Cristo: *y quizás hubiera sido el único hombre que lo habría podido hacer nunca*"<sup>4</sup>. Moeller van den Bruck, de hecho, va más allá, e, incluso, mantiene que Cristo tenía para él un carácter tan sagrado e intangible, inefable, "que quizás sólo por su temor interior no escribió nunca su proyectada gran obra sobre Cristo."<sup>5</sup>

Veamos, analizando la trayectoria vital y la obra de nuestro escritor, quién de los dos tiene razón.

Es común encontrarse en las biografías y estudios más exhaustivos sobre Dostojevskij desaciertos graves como ocurre, v.gr., con Joseph Frank, a la hora de analizar el mundo de ideas y la cosmovisión de Dostojevskij. Así, uno de los tópicos que se suelen repetir es que el autor de los *Apuntes de la casa muerta* fue agnóstico, sino ateo, en su juventud y que no fue hasta la salida del presidio en Siberia cuando abrazó los ideales cristianos y convirtiéndose, por fin, en un sincero creyente.

Esto no es del todo exacto. Dostojevskij fue durante toda su vida una naturaleza *profundamente* religiosa. No hay que dejarse engañar por la apariencia de los hechos: que Dostojevskij perteneciera a un grupo socialista, el "petrashevista", no quiere decir que fuera ateo. Para ello, para aclarar este común mal entendido, tenemos que ir a la biografía que nos legó el único conocedor serio y profundo de Dostojevskij en España: nos referimos, naturalmente, al Dr. Augusto Vidal.

Dos pasajes de su biografía nos servirán para aclarar, primero, su relación con Belinski, y, segundo, con el círculo petrashevista:

"El joven novelista venía leyendo con interés los artículos de Belinski [...] Mas cuando el novelista y el crítico empiezan a confrontar sus opiniones, chocan: 'Mi punto de vista era radicalmente opuesto al de Belinski', manifestó Dostoyevski. 'Le encontré convertido en un apasionado socialista, y en seguida empezó a hablarme de ateísmo. Como socialista, lo que debía de haber hecho era empezar exponiendo el cristianismo.' Para Dostoyevski, socialismo no significaba el camino hacia la revolución, sino un nuevo Sermón de la Montaña o un llamamiento a la fraternidad en un mundo donde con frecuencia el hombre era el lobo del hombre.

En casa de Petrashevski encontró una nutrida biblioteca de libros prohibidos en Rusia: socialistas, enciclopedistas, Feuerbach... En seguida se sintió atraído por Cabet, con su tesis fundamental: 'el comunismo es el reino de Dios en la tierra', y por Fourier, porque en su sistema 'no hay odio, sino amor hacia la humanidad'.<sup>6</sup>

Y es que, como concluye el profesor Vidal, "aunque creyente, no podía entregarse a la fe sin reservas. En su fuero interno existe una ambivalencia que nunca desaparecerá del todo. Sólo así se explica que escribiera la 'leyenda del Gran Inquisidor', de *Los hermanos Karamázov*."<sup>7</sup> Dostojevskij, como todo creyente inteligente, tenía sus dudas, sus vacilaciones; pero es que, una fe sin dudas, no es una fe *verdadera*. De aquí, por lo tanto, *no* se debe deducir un ateísmo o un agnosticismo.

Que es en la prisión, en la "Katorga" de Siberia, donde Dostojevskij descubre la

4. Cfr. su Zur Einführung. „Bemerkungen über Dostojevskij als Dichter der Großstadt“. (I-XXI), p. XXI en: F. M. Dostojevskij, *Aus dem Dunkel der Großstadt (Acht Novellen)*. Über. E. K. Rahsin, Piper Verlag, München, 1921 (2. Abteilung, 20 Bd.).

5. Cfr. Introducción citada en nota 2, „Russische Mystik“, p. XII.

6. Cfr. Augusto Vidal, *Dostoyevski, el hombre y el artista*, Círculo de Lectores, 1990, pp. 37 y 43.

7. *Ibid.*, p. 44.

esencia del Cristianismo, de Cristo, y del pueblo ruso, es una verdad que no admite discusión alguna – el mismo Dostojewskij nos lo confiesa en carta desde Omsk a su hermano Mijail el 30 de enero de 1854:

“Incluso en el presidio, entre criminales, durante esos cuatro años pude, finalmente, distinguir a la gente. ¿Lo creerás? Hay caracteres profundos, fuertes, magníficos y cuánta alegría me proporcionaba encontrar oro bajo una ruda corteza [...] ¡Cuántos tipos de caracteres de la gente del pueblo he sacado del presidio! Me compenetré con ellos y por eso, me parece, los conozco suficientemente bien [...] Qué gente tan maravillosa. En general, el tiempo no ha pasado en vano para mí. Si no fue Rusia lo que conocí, en cambio *sí he conocido al pueblo ruso*, y lo he conocido tan bien como muchos, quizá, no lo conocen.”<sup>8</sup>

Este conocimiento y aprecio del pueblo ruso es muy importante, pues nos sirve para aclarar dos puntos decisivos en la interpretación de los conceptos dostojewskianos y de su pensamiento. Así: 1) cuando Dostojewskij habla de “pueblo” se está refiriendo a estos “hombres profundos y fuertes, los cuales eran por completo parte de la propia autenticidad y de la fuerte originalidad de una extraordinaria naturaleza rusa”<sup>9</sup>, es decir, a los presos<sup>10</sup>, y, 2) en este “pueblo” reconoce, por ello mismo, la más profunda naturaleza religiosa cristiana; éste será el “pueblo portador de Dios”, pues como enseña en su última novela, es en el presidio, entre los presos, donde se conoce a Dios – como confiesa Dmitri a su hermano Aliosha<sup>11</sup>, y como confiesa el propio Dostojewskij más tarde a Vsévolod Soloviov, hermano del famoso filósofo y teólogo Vladimir Soloviov, tal y como nos refiere el profesor Augusto Vidal:

“¡Oh! ¡Para mí fue una gran dicha! ¡Siberia y el penal!... Únicamente allí he vivido una vida sana y feliz, allí me comprendía a mí mismo, amigo mío... *Comprendí a Cristo... Comprendí al hombre ruso y sentí que yo también era ruso, que era uno de los del pueblo ruso*. Entonces me vinieron al espíritu las mejores ideas, que ahora no hacen más que volver otra vez, y con menos claridad. ¡Ah, si le mandaran a usted al penal!”<sup>12</sup>

Desde entonces, desde la salida del presidio, esto lo han sabido ver muy bien todos los exegetas, Dostojewskij, es, sí, un profundo cristiano. Desde entonces la idea, o, mejor dicho, el *sentimiento* de Cristo estará siempre presente en todo lo que piensa, lo que sienta, y, lo que, naturalmente, emprenda. Dostojewskij ha descubierto que Cristo no está con los revolucionarios y los terroristas pro-occidentales socialistas, sino en el corazón ruso, en el pueblo ruso, en su sensibilidad cristiana<sup>13</sup>. Pero, ¿qué representa, quién es Cristo para este ex presidiario?

Cristo es, para Dostojewskij, lo más sagrado que ha pisado nunca esta tierra llena de impurezas y dolores. Para él, Cristo es el garante de los más elevados valores éticos. En una nota de su *Diario* leemos: “Si nosotros no tuviésemos en la fe y en Cristo una autoridad, estaríamos completamente en el error. – Hay ideas morales. Ellas crecen

8. Cfr. F. Dostoievski, *Cartas a Misha (1838-1864)*, Introducción, traducción y notas de Selma Ancira, col. El espejo de tinta, Grijalbo-Mondadori, 1995, pp. 167-8. Cursiva mía.

9. Cfr. la Einleitung von Möller van den Bruck, Dostojewskij. Der Nihilismus und der Revolution”, pp. IX-XXI, p. XIV, en: F. M. Dostojewskij, *Die Dämonen* (Roman in zwei Bänden), Erster Band. Piper Verlag, München, 1921.

10. Su libro que hizo llorar al mismísimo Zar de Rusia, *Apuntes de la casa muerta*, así lo revela. Véase, también: Lev Shestov, *La Filosofía della Tragedia*, a cura di Ettore Lo Gatto, Edizioni Scientifiche Italiane, Napoli, 1950, p. 102ss.

11. Cfr. F. M. Dostojewskij, *Los Hermanos Karamázov*, trad. de Augusto Vidal, Cátedra, 19963, p. 864.

12. Testimonio citado por Augusto Vidal en op. Cit., p. 55. Cursiva mía.

13. „Quizás es Cristo el único amor del pueblo ruso, y ama la figura de Cristo a su propia manera, esto es, hasta el martirio“, declara Dostojewskij en su *Diario*, según recoge Walter Nigg, *Prophetische Denker. Löschet den Geist nicht aus!*, Verlag Das Wort, 31986, p. 382.

por el sentimiento religioso, pero con la lógica sólo no se podrán justificar nunca. No sería posible vivir.”<sup>14</sup>

La imagen que tiene Dostojewskij de Cristo no es meramente contemplativa. Es decir: aunque Dostojewskij fue un *místico*, no hay que olvidar también que era, como señalar agudamente Möller van den Bruck, un *político*. Cristo representa a partir de ahora para Dostojewskij, no la imagen de un “revolucionario” moderno –como había declarado Belinski<sup>15</sup>–, sino el “arma”, o, mejor dicho, será desde *dónde* luchará contra el ateísmo de su época, contra *el Nihilismo*.

Una temprana caracterización sería de lo que sería la imagen de Cristo en Dostojewskij podría ser, dejando de lado sus primeros intentos en *Apuntes del subsueño* y en *Crimen y Castigo*, la extraordinaria figura del *Príncipe Myschkin*.

En efecto, el Príncipe Myschkin, el “idiota”, nos sirve muy bien para ilustrar la imagen que tenía Dostojewskij de Cristo. En él se nos muestran, no sólo las *vivencias* religiosas de Dostojewskij, sino propiamente, al ser un “doble” de Cristo, cómo comprendía al Salvador.

El Príncipe Myschkin es humilde, ingenuo, inocente, como un *niño*<sup>16</sup>, y capaz del más gran amor, entendido, no como ἔρως, sino como ἀγάπη, i.e., un amor no egoísta, sino com-pasivo. Y ésta es la característica principal de Cristo que Dostojewskij resalta más aquí y que alcanzará su cumbre con las enseñanzas de nuestro padre Zosima. Dios es, definirá siguiendo muy de cerca el evangelio más caro a Dostojewskij y a la Ortodoxia, el Evangelio según San Juan, *amor*. Por amor, por su infinito amor a los hombres, Dios ha hecho la creación, Dios ha hecho todo lo bello que vemos en el mundo. Cristo, además, no se dirige en exclusiva al hombre, sino que toda la creación le rinde tributo y le celebra:

“Y es conmovedor saber que esos animales están limpios de pecado, pues todo, absolutamente todo, excepto el hombre, es puro; conmueve saber que estubo Cristo con los animales antes que con los hombres. ¿Es posible –pregunta el joven– que también esté con ellos, Cristo? ¿Cómo pude ser de otro modo –le respondo–, si el Verbo está destinado a todo; toda criatura, todo cuanto respira, cada hojita tiende hacia el Verbo, canta la gloria de Dios, llora a Cristo sin tener de ello conciencia, y lo hace con el misterio de su vida sin pecado?”<sup>17</sup>

Cristo, como aquel ser por quien fue, quizás, hecho todo en este mundo, fue, sin embargo, *crucificado*. Cristo murió para la salvación de todos, para librarnos de la muerte. “¡ !”, como dicen los ortodoxos – y con él todos podemos vencer la muerte.

14. Cfr. F. M. Dostojewskij, *Sämtliche Werke*, Herausgegeben von Möller van den Bruck mit D. Mereschkowskij, *Literarische Schriften*. Mit einer Einleitung von N.N. Strachoff. R. Piper und Co. Verlag, München, 1921, p. 364. Dice Walter Nigg: “La imagen de Cristo de Dostojewskij es, un conocimiento de Cristo con el corazón.” Cfr. Walter Nigg, ed. cit., p. 410.

15. Dostojewskij recoge sus experiencias con y las declaraciones de Belinski en su *Diario de un escritor* en 1873 bajo el título “Gente mayor”. Una traducción fiable puede ser la inglesa que se encuentra en el artículo de Philip Rahv, “The Legend of the Grand Inquisitor”, en *Partisan Review*, May-June 1954, Vol. XXI, Number 3, (249-271), pp. 259-261.

16. He aquí lo que dijo Cristo: “Ἀφετε τὰ παιδία ἔρχεσθαι πρὸς με καὶ μὴ κωλύετε αὐτά: τῶν γὰρ τοιοῦτων ἔστιν ἡ βασιλεία τοῦ Θεοῦ ἃ μὴ λέγω ὑμῖν, ὅς ἂν μὴ δεξιῆται τὴν βασιλεία τοῦ Θεοῦ ὡς παιδίων, οὐ μὴ εἰσέλθῃ εἰς αὐτήν. Evangelio según San Lucas, XVIII, 16-7. Véase, asimismo, Mateo XIX, 14 y Marcos X, 14. Dice, asimismo, W. Nigg: “Con una pureza espiritual y perfecta está él como uno de aquellos niños, en los cuales pensaba Jesús cuando formuló la sentencia: “Si vosotros no cambiáis y no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”, tanto que Darja Alexjowna dice de él: ‘Finalmente se ve por una vez a un hombre bueno.’” Cfr. W. Nigg, op. cit., p. 419.

17. *Los Hermanos Karamázov*, p.465. Palabras más bellas no sea han escrito, ni dicho, *nunca*.

“El último enemigo”, como lo llama la Escritura<sup>18</sup>. Fundamental y clave para la comprensión de la imagen de Cristo en Dostojewskij es la experiencia mística que tuvo en el museo de Basilea el 12 de agosto de 1867 cuando contempló el cuadro de Holbein el Joven, “El descendimiento de la Cruz”, cuyo típico realismo gótico está en absoluta oposición a la representación del Cristo muerto en las iconografías de la Iglesia del Este, y que se expone como vivencia del Príncipe Myschkin. Recogida tanto por su segunda mujer, Anna Grigorievna Dostojewskaia, como por él mismo, creemos que, por la profundidad y por la piedad cristiana que respiran sus reflexiones, expuestas como propias del Príncipe Myschkin, bien merece que las reproduzcamos en su integridad:

“El cuadro representa a Cristo en el momento en que acaban de descenderlo de la cruz. Me parece que los pintores han procurado representar a Cristo en la cruz y en el descendimiento dando a su rostro un matiz de extraordinaria belleza; intentan conservar esta belleza hasta cuando le representan en los momentos de las más horribles torturas. En cambio en el cuadro de Rogozhin no hay ni sombra de esa belleza; en él se representa el auténtico cadáver de un hombre que ha sufrido infinitos tormentos ya antes de que le crucificaran, heridas, torturas, golpes de la guardia, golpes del pueblo cuando él llevaba la cruz y caía bajo el peso de la misma, y que ha padecido la agonía de la crucifixión durante seis horas (por lo menos, según mis cálculos). Ciertamente, es el rostro de un hombre descendido sólo hace un momento de la cruz, es decir, que conserva muchos rasgos de vida y de calor; aún no ha tenido tiempo de ponerse rígido nada, de modo que en la faz del muerto hasta se vislumbra el dolor, como si todavía él lo sintiera (esto lo captó muy bien el artista); mas, no se había tenido ninguna piedad con el rostro; allí no hay más que naturaleza y así ha de ser realmente el cadáver de un hombre, quienquiera que haya sido, después de tormentos semejantes. Sé que la Iglesia cristiana estableció ya en los primeros siglos de su existencia que Cristo no sufrió de manera simbólica, sino real, y que su cuerpo, por consiguiente, estuvo sujeto en la cruz a la ley de la naturaleza plena y totalmente. En el cuadro ese rostro se ve terriblemente lastimado por los golpes, inflado, con morados horribles, sangrientos y entumidos, los ojos abiertos y las pupilas torcidas; el blanco de los ojos grandes y abiertos, brilla con una especie de reflejo mortecino, vidrioso. Pero lo extraño es que cuando miras ese cadáver de un hombre martirizado no puedes menos que hacerte una pregunta especial y curiosa: si vieron un cadáver así (y sin duda debía ser exactamente así) todos sus discípulos, sus futuros apóstoles principales, las mujeres que le acompañaron y que permanecieron al pie de la cruz, todos los que creían en él y le veneraban, ¿cómo pudieron creer, viendo semejante cadáver, que aquel mártir iba a resucitar? Uno piensa a pesar suyo que si la muerte es tan terrible y las leyes de la naturaleza son tan fuertes, ¿cómo ha de ser posible vencerlas? ¿Cómo vencerlas cuando no las sometía entonces ni siquiera aquel que en vida había coronado a la naturaleza y al que ésta se había sometido, aquel que exclamó ‘Talitha cumi’ y la doncella se levantó, ‘Lázaro sal’ y el muerto salió? Al contemplar ese cuadro, la naturaleza aparece como una bestia enorme, implacable y muda, o mejor dicho, mucho mejor dicho, aunque parezca extraño: como una máquina enorme de novísima construcción que ha triturado y se ha tragado impasible e insensiblemente un ser grande e inestimable, un ser que por sí solo valía lo que la naturaleza toda y todas sus leyes, la tierra toda, la cual tal vez fue creada sólo para que tal ser adviniera a ella. El cuadro parece expresar precisamente la idea de fuerza oscura, insolente y absurdamente eterna a la que todo se halla subordinado y así lo sentimos a pesar nuestro al contemplarlo. Las personas que rodeaban al muerto, aunque ninguna de ellas aparece en el cuadro, debieron sentir una terrible tristeza y una confusión enormes aquella tarde que de golpe hacía añicos todas sus esperanzas y casi sus creencias. Sin duda se separaron poseídos de un miedo terrible aunque también cada una de ellas se llevaba consigo una idea inmensa que ya jamás les podría ser arrancada. Y si aquel mismo maestro hubiera podido ver, la víspera de la crucifixión, su imagen después del descendimiento, ¿habría ido como fue hacia la cruz y habría

18. Primera Carta a los Corintios: (XV,26).

muerto como murió? También esta pregunta brota en nuestro ánimo a pesar nuestro cuando contemplamos el cuadro.”<sup>19</sup>

El Dostojewskij hombre, que de ningún modo, por otro lado, se puede desligar del Dostojewskij escritor –no hay, no puede haber una separación entre el hombre y su obra: ¡la exterioridad no se puede separar de la interioridad!–, fue siempre una persona de una extraordinaria sensibilidad religiosa: el profundo respeto y amor por la figura de Cristo, por el sentimiento religioso, es lo que le lleva a no ser, como se ha indicado, un mero “contemplador estático”, sino a *actuar* en el mundo. Así nacen sus novelas más ideológicamente fuertes, aquellas que se han querido denominar, de una manera un poco ingenua, de “ideas”: *Apuntes del subsuelo*, *Crimen y Castigo*, *El Idiota*, *Los Demonios*, *El Adolescente*, *Los Hermanos Karamázov*, y su testamento: *Discurso sobre Pushkin*. Aquí es donde llega a su punto culminante toda la profunda experiencia religiosa cristiana, y por tanto, de su lucha personal desde que sale del presidio. El pueblo ruso es el pueblo “portador de Dios” y el que está llamado a salvar espiritualmente el Occidente caído en las redes del materialismo, del escepticismo, del Nihilismo, *mediante la imagen sagrada del Cristo ruso*: “lo que de verdad significa ser ruso [es] aspirar a reconciliar definitivamente las contradicciones europeas, señalar que la superación de la nostalgia europea es posible en el alma rusa, un alma universal y reconciliadora, acoger en ella con amor fraterno a todos nuestros hermanos y, ¡al final, tal vez, pronunciar *la palabra definitiva* de la gran armonía general, de la definitiva concordia fraternal de todas las tribus de acuerdo con **la ley evangélica de Cristo!**”<sup>20</sup>.

Dostojewskij, como todo pensador serio, sabía que, a pesar de lo que marxistas, materialistas y otros enemigos de la vida piensan, *el hombre es un ser con necesidad metafísica*. Sabía que detrás de toda teoría hay, irremediablemente, *una metafísica* –la metafísica es la que soporta y condiciona todas las particularidades. De ahí que, como señala acertadamente Walter Nigg, “la lucha apasionada por la verdad y la justicia la lleva la obra de Dostojewskij en el campo de la Metafísica”<sup>21</sup>. Si, como hemos indicado, Cristo es para Dostojewskij el “supremo ideal del hombre hecho carne”, es lógico pensar que, en su lucha contra el Nihilismo, Dostojewskij *crea* que Cristo será el que vencerá al Nihilismo. Y es que, y esta es una verdad fundamental que guiará toda la producción artística y vital de este místico ruso, sin el Cristianismo *no* es posible ninguna expulsión de los demonios, esto es, en el lenguaje de Dostojewskij, de los nihilistas, ni el hombre devendrá nunca sano de la enfermedad espiritual en la que se encuentra.

19. F. M. Dostojewskij, *El Idiota*, trad. de José Laín Entralgo, Augusto Vidal, Círculo de Lectores, 1972, pp. 419-21. Traducción modificada. Quizás sería oportuno señalar cómo años después, en su novela-pamfletto contra el Comunismo y el Nihilismo, *Los Demonios*, Dostojewskij pone estas mismas reflexiones en uno de los caracteres más misteriosos y mejores logrados de toda su producción. Me refiero, claro es, al “místico ateo” Kirílov. He aquí, en esencia, lo que dice: „Escucha: *ese hombre era el más excelso de toda la tierra*: fue para Él para lo que ésta fue creada. Sin este hombre, todo el planeta, con todo lo que hay en él, sería pura insensatez. *Ni antes ni después de Él ha habido otro como Él, ni lo habrá nunca*, ni siquiera de milagro. Y en eso consiste el milagro: en que no hubo ni habrá nunca otro como Él.” (Cfr. F. M. Dostoyevski, *Los demonios*, trad. de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, 2000, p. 761, cursiva mía)

20. La traducción que utilizamos para el *Discurso sobre Pushkin* es la que se haya recogida en el volumen *Rusia y Occidente*, edición de Olga Novikova y José Carlos Lechado, Tecnos, 1997, p. 179. Cursiva y negrita mía.

21. Cfr. Walter Nigg, op. cit., p. 352. Véase también lo que dice Pio Colonnello en su artículo „La colpa e il tempo in Fëdor Dostoevskij”, en *Sapienza. Rivista di Filosofia e di Teologia*, Vol. 49 (1996), fac. 3, Iuglio-settembre, (270-297), p.270: „Y no hay duda que la obra dostoevskiana, en su intento de describir y de dar razón de algunos dilemas existenciales fundamentales, se acerca al umbral del interrogar *metafísico*.” (traducción de la srta. Núria Vargas).

¿Cuál es la imagen de Cristo, qué buena nueva trae de nuevo el “Cristo ruso” de Dostojewskij?<sup>22</sup>

Cristo, como nos lo enseña en el fabulosa y profética “Leyenda del Gran Inquisidor”, también es, ante todo, *libertad*: Cristo se negó a comprar con pan la obediencia y la fe del hombre. Como nos enseña el Evangelio según San Mateo, IV, 1-11 (también, Marcos I, 12-3; Lucas IV, 1-13), en las tres tentaciones a las que Satanás sometió a Cristo en el desierto, el Salvador rechazó, categóricamente, el milagro, el misterio y la autoridad “en nombre de la libertad y del pan del cielo”.

Esta es, en esencia, la imagen que tiene Dostojewskij de Cristo. El Cristianismo, el Cristo de Dostojewskij es, por su sencía “lo contrario a un tipo de religiosidad autoritaria-trascendental. Es la religión más libre que se ha visto jamás en el mundo, que se ha abierto paso por el pathos de la libertad. Este Cristo muestra al hombre moderno el camino que sólo en completa libertad lleva de nuevo a Cristo.”<sup>23</sup> Sólo a través del Cristianismo, en consecuencia, el hombre es verdaderamente libre y feliz, sólo a través de él y teniendo conciencia de que todos estamos en el Paraíso, que la vida es bella, que es algo más que pura razón, podremos vencer el Nihilismo y ser felices en la tierra –que es la voluntad de Dios.

Con Cristo, además, el hombre alcanza la perfección<sup>24</sup>. Frente a los intentos filosófico-racionalistas de un aristotelismo averroísta que pensaba que “perfectio humana est intelligere res abstractas”, a los cuales contestó de manera definitiva, por cierto, Santo Tomás de Aquino, el Doctor Angelicus, Dostojewskij mantiene que la “perfectio humana” es por y gracias a Cristo: “Yo no podría representarme más a los hombres sin Él. Pues una vez que Él ha estado, no puede irse más de su interior. Y si Él se fuese de su interior, entonces se encontrarían a sí mismo en Él...”<sup>25</sup>

Cristo como el Ser perfecto se nos aparece también en la “Leyenda del Gran Inquisidor”. Muchos se preguntan por qué Cristo no contesta nada ante las acusaciones y los ataques que le hace el Gran Inquisidor, y, “sin decir una palabra, se le acerca y le besa dulcemente los exangües labios nonagenarios.” Aquí no hay que ver una incapacidad de Dostojewskij –¡o de Cristo!– de dar una respuesta, ni un efecto literario para atraer e impresionar al lector: “No se debe ver –nos dice Walter Nigg– en este elocuente silencio de Cristo, *que dice más que todas las palabras del mundo* y que es sin duda algo de lo más eficiente de la Leyenda del Gran Inquisidor; un truco literario. Antes bien, este silencio de Cristo ha nacido de un sentimiento religioso ortodoxo, que sería irrespetuoso poner en la boca de Cristo palabras que Él nunca ha pronunciado”<sup>26</sup>.

En su novela *El Idiota*, Dostojewskij hace defender a su héroe, el Príncipe Myschkin, la convicción de que “el mundo se salvará por la belleza”. Esta idea no es una vulgar copia de lo que ya había expresado estéticamente Friedrich Schiller en su poema “Los Artistas” – tiene un sentido mucho más profundo. ¿Qué entiende aquí Dostojewskij por belleza? En carta a su sobrina Sofía Ivanovna, fechada el 13 de enero de 1868, confiesa Dostojewskij: “No hay en el mundo más que una figura perfectamente bella, el Cristo, así que la aparición de esta figura inconmensurable, infinitamente

22. ¿Qué significa “ruso” aquí? ¿Es un añadido chauvanista-nacionalista de Dostojewskij? ¡No! “Ruso” tiene para Dostojewskij un “tono religioso-metafísico”. Cfr. Walter Nigg, op. cit., p. 410.

23. Cfr. Walter Nigg, op. cit., p. 412.

24. Dijo Cristo: (Mateo, V, 48).

25. Cfr. Walter Nigg, op. cit., p. 413.

26. Cfr. Walter Nigg, op. cit., p. 411. *Cursiva mía*. Además, téngase presente que el mismo Cristo, según nos narran los Evangelios, guardó silencio, calló, ante las injurias de los judíos y ante Pilatos: *Jesus autem tacebat!* Véase, especialmente, Mateo XXVII, 14; Marcos XV, 5.

bella es, sin ninguna duda, un milagro infinito. (Todo el Evangelio según San Juan va en este sentido; él encuentra todo el milagro en la encarnación, únicamente en la aparición de lo Bello).“

La belleza a la que apela Dostojevskij no es el griego, i.e., la belleza como armonía, sino la idea cristiana de belleza. Esta belleza soporta la ruptura, no el orden griego, la derrota, la anulación y la muerte, no la victoria, la afirmación y la vida. Por ello mismo, el evento de belleza *par excellence* es el **Cristo crucificado**, *el amor que irrumpe en el silencio de la Cruz*.<sup>27</sup>

Así pues, tenemos que la imagen que tenía Dostojevskij de Cristo era la de un profundo cristiano de verdaderos sentimientos religiosos: Cristo aparece como el Maestro, como la perfección última del hombre, como el garante de una sana y fuerte moralidad que lucha contra el Nihilismo de su época y el que *salvará* el mundo, principalmente, y, ante todo, Cristo aparece como *libertad* y *amor*.<sup>28</sup> Un bello ejemplo de piedad cristiana lo da la siguiente escena del agonizante Dostojevskij.

Después de abrir el Evangelio y decirle a su mujer Anna Grigorievna que “su hora había llegado“, hizo venir a sus hijos y les leyó Lucas XV, la parábola del hijo pródigo, y les dijo: “Hijos míos, no olvidéis nunca lo que acabáis de escuchar. Tened confianza absoluta en Dios y no dudéis nunca de su piedad. Yo os quiero muchísimo, pero mi amor no es nada en comparación con el infinito amor de Dios a los hombres. Incluso si vosotros debierais perpetrar un crimen, no dudéis nunca de Dios. Vosotros sois sus hijos, humillaos ante él, así como el hijo pródigo se humilló ante su padre. Si le rogáis por su perdón, entonces él se alegrará tanto como se alegró el padre por la vuelta de su hijo pródigo.”<sup>29</sup>

¿Quién tenía razón, entonces? ¿Henri de Lubac o Möller van den Bruck? Obviamente, el sabio alemán: “Que no pudiese llevar a cabo este plan porque la muerte inesperadamente se dirigió hacia él velozmente, es, sin duda alguna, *una seria pérdida* que ha privado a la humanidad de un testimonio de fe del rango de la pasión según Mateo.”<sup>30</sup>

Dice además Oswald Spengler, pensador hoy casi totalmente olvidado: “Su Cristo –que siempre quiso escribir– hubiera sido *un verdadero evangelio*, como los evangelios del cristianismo primitivo, que están fuera de todas las formas literarias antiguas y judaicas.”<sup>31</sup>

Pocos espíritus excelsos ha habido en la historia para quienes Cristo fuese tan importante y vital: es de Dostojevskij y no de Kiríllov la confesión: “Dios me ha atormentado toda mi vida“. Así leemos también en su *Diario*: “*El Gran Inquisidor* y *el capítulo de los niños*. Ante estos capítulos necesitaría para enjuiciarme tan despectivamente

27. Cfr. Pio Colonnello, art. cit., p. 281ss., a quien debemos mucho de lo aquí expuesto.

28. Así define Ortodoxia en las notas de 1876-1877: “Defino Ortodoxia no como creencia mística, sino como amor a los hombres, y de ello estoy contento... el elemento de la creencia descansa en la vida viviente, es la dignidad interior, la conciencia, el amor a los hombres y, como fuente de todo, Cristo. ¿Tenéis algo mejor que Cristo?”. Cfr. Konrad Onasch, art. cit., p. 733.

29. Según refiere G. Kjetsaa, *Dostojevskij*, Gernsbach, 1986, p. 446. Y es que, como ya había declarado en *El Idiota* “toda la esencia del Cristianismo, es decir, toda la concepción de Dios como padre nuestro y de la alegría de Dios por el hombre como la del padre por su hijo: ¡es el pensamiento principal de Cristo!”. (p. 227 de la edición citada).

30. Cfr. Walter Nigg, op. cit., p. 409. *Cursiva* mía.

31. Cfr. O. Spengler, *La decadencia de occidente*, traducción de M. García Morente, Espasa Calpe, 1998, vol. II, p. 304. *Cursiva* mía.

quizás el punto de vista científico, pero no el filosófico, pues la filosofía no es mi especialidad. Tampoco hay en Europa una expresión *atea* de tal fuerza y *nunca* la ha *habido*. Por eso yo no creo en Cristo y me confieso en esta creencia como un niño, sino que mi Hosanna ha llegado a través del más grande *purgatorio de la duda*, como en mi última novela dice el demonio de sí mismo.<sup>32</sup>

Cristo no era para él, pues, una fórmula religiosa más, sino que, como nos muestra este testimonio en carta, fechada en marzo de 1854 a Mme. von Visine, la dama que cuatro años antes le había regalado en Tobolsk el Nuevo Testamento, tenía un “sentido cósmico”:

“Que no hay nada más bello, más profundo, más simpático, más sensato, más humano y más perfecto que el Salvador; me digo con envidioso amor que, uno tal, no sólo no lo hay, sino que no puede haberlo tampoco. Y quiero todavía decir más: si a mí alguien me probase que Cristo se encuentra fuera de la verdad, y si la verdad *realmente* estuviese fuera de Cristo, preferiría quedarme con Cristo y no con la verdad.”<sup>33</sup>

De este mismo “sentido cósmico” ha nacido, finalmente, también, esta maravillosa imagen de Cristo con la que concluiremos este estudio con el broche de oro que se merece:

“Los artistas pintan siempre a Cristo según las historias evangélicas; yo lo pintaría de otro modo: lo representaría solo – que alguna vez le dejarían solo sus discípulos. Únicamente dejaría con él a un niño pequeño. El niño jugaría a su lado; quizá le estaría contando algo en su infantil lenguaje, Cristo le ha escuchado, pero en este momento medita; su mano involuntariamente, por olvido, ha quedado en la rubia cabecita del niño. Mira hacia la lejanía, hacia el horizonte; un pensamiento, grande como el mundo entero, se sustenta en su mirada; su faz es triste. El niño ha callado, se le apoya de codos en las rodillas, y, con la mejilla en su pequeña mano, levantada la cabeza, se le queda mirando fijamente, pensativo, como pensativos se quedan a veces los niños. El sol se pone... ¡Este sería mi cuadro!”<sup>34</sup>

JORGE MORILLAS  
*Universidad de Barcelona*

32. Cfr. F. M. Dostojevskij, *Sämtliche Werke*, Herausgegeben von Möller van den Bruck mit D. Mereschkowskij. *Literarische Schriften*. Mit einer Einleitung von N.N. Strachoff. R. Piper und Co. Verlag, München, 1921, p. 365. La referencia es, como ya se habrá intuido, a *Los Hermanos Karamázov* y se encuentra, en traducción castellana, en la edición de Cátedra, en la página 913, la mencionada confesión del demonio a Iván Karamázov cuando se le aparece a éste.

33. Cfr. Walter Nigg, op. cit., p. 407. Y en las notas de los años 1880-1881 se encuentra, en relación a sus enemigos liberales, la siguiente frase: “Que Cristo se ha equivocado, esto habría que probarlo primero. Pero este ardiente sentimiento me dice: mejor permanecer en el error, en Cristo, que con vosotros.” Según refiere Konrad Onasch, art. cit., p. 727. Una muestra más del infinito y sincero amor que tenía Dostojevskij por Cristo.

34. Cfr. F. M. Dostojevskij, *El Idiota*, ed. cit., p. 468-9. Por ello afirmaciones como “no es oro, ni auténtica cristología cósmica todo lo que reluce en el corpus de nuestro ruso” son totalmente desafortunadas. Cfr. Ignacio Escribano, “Cristo y la naturaleza en la obra de Dostoyevski”, *La Ciudad de Dios. Revista Agustiniiana*, Año 79, Vol. clxxvi, 1963, pp. 766-777, p.775ss.2.